

POR las más bellas cadenas que forjaron los siglos. No bastarían a materializarlas ni las de los anclotes de las tres carabelas, ni aun las de oro y piedras preciosas de los joyeles de la Católica Reina, que valían tanto, tanto, que con ellas se compró todo un mundo.

Encadenados a España los pueblos de Hispanoamérica por su fe y su habla, por sus costumbres y sus tradiciones, y encadenados, sobre todo, por la sangre que los descubridores derramaron generosa y mezclaron con los indígenas sin orgullosas preocupaciones de diferenciación de razas.

Hoy, los hombres del otro lado del Atlántico, de los que nos diferencian tan sólo leves rasgos fisonómicos y suaves y candenciosos acentos al pronunciar la lengua de Castilla, como una demostración del sano orgullo de sus pueblos aborígenes, ostentan los más rancieros apellidos españoles, muchos de ellos de ilustre solar, pues cuando las naos arriaban sus velas y enfilaban hacia Occidente los mascarones de proa, en sus cubiertas se apañaban, sedientos de aventura, el título y el hidalgo, el comerciante y el labrador.

Cuando en 31 de julio de 1535, ya «Magister Artium» en París, estudiaba Teología Ignacio de Loyola, bien ajeno a que la cristiandad había de conmemorar todos los años su vida de santidad en tal fecha, embarcaba para el Río de la Plata el sevillano Silvestre, hijo del señor Juan Perón, que bien ajeno había de estar también de que, con su apellido y con el nombre de su padre, había de



ESCUDO DE DON GASPAR, INDIO

PUEBLOS VINCULADOS

regir un sucesor suyo los destinos de las bellas tierras a que se dirigía con ansia de trabajo y de aventura.

Y embarcan primogénitos y segundones de ilustres casas, y los nombres de don Martín de Guzmán, don Iñigo de Guevara y don Alonso de Montemayor, que se dirigen al Perú, se unen a los de don Pedro Manrique, don Jerónimo de Fonseca y don Vicente de Mendoza que ponen rumbo con sus naves para Cartagena de Indias; y don Luis de Quesada y don Cristóbal de Guzmán embarcan para Nueva España, y para la Florida don Diego de Mendoza, don Lope de Acuña y don Lorenzo de Cárdenas. Todos cristianos viejos, sin mezcla de sangre de judío, converso ni reconciliado, para que los troncos de las familias en tierras de América fueran sanos de cuerpo y alma.

Se mezclan los nombres de Cepeda y de Dávila, de Ledesma y de Bazán, de Alvear y de Melgar, con los de Carvajal y Valenzuela, Calderón y Aldana, Aguilar y Bobadilla. Ellos fundan y encabezan árboles genealógicos. En sus casonas nuevas, que el tiempo envejecerá, lucen las armerías que en sus solares de España desdibujó el paso de los siglos y que no supieron olvidar. Los indios, asombrados, contemplaban los artísticos relieves de cimeras y lambrequines.

No es nueva la sangre del Nuevo Mundo. Es una sangre fuerte y viril de aborígenes que ennobleció más aún la de Numancia y Sagunto, de Pelayo y del Cid. Y por ello, porque la tradición virtuosa sostiene la moderna virtud, son nobles los pueblos americanos.



ESCUDO DE DON DIEGO, INDIO PRINCIPAL

Entre los deberes que orgullosamente cumplen los padres con los hijos figura el de enseñarles y recordarles su noble y honrada ascendencia, para que el virtuoso ejemplo de sus mayores les haga sentirse interiormente satisfechos e interiormente obligados a seguir la honrosa huella de los que, con su apellido, supieron dejar un recuerdo de su esfuerzo por brillarlo, porque la nobleza, de cualquier clase que sea, según afirmaba Platón, es el estímulo de la virtud.

España, que, entre los mayores timbres de gloria de su gloriosa historia, posee el privilegio que la Providencia le concedió de ser la madre de las naciones americanas, cumple también con su deber al ofrecer su historia de heroísmos a los países que dió el ser para que con su ejemplo sepan hacerse dignos de la mejor Madre Patria que el cielo pudo depararles.

Pero no es suficiente, con ser tan grande, que la Historia de España se ofrezca como un glorioso legado de que han de enorgullecerse los pueblos de América. La historia de los pueblos la hacen sus hombres, sus caudillos y sus mártires, sus intelectuales y sus artistas. La historia de nuestra Patria está plena de valores humanos que prestigiaron eternamente, pues la verdadera gloria siempre persiste, unos apellidos hispanos que hoy constituyen la inmensa mayoría de los que ostentan los hombres del otro lado del Océano.

Y España, para complementar su deber de madre, se esfuerza hoy en ofrecerles a los americanos descendientes de los des-

cubridores la pequeña historia familiar de cada apellido para invitarles a seguir un ejemplo de trabajo, virtud y heroísmo.

Y si hasta aquí hemos recordado los deberes paternales, es deber filial aprender en el ejemplo de sus ascendientes. Deber, dulce deber, pues nada satisface tanto y tan íntimamente a un hombre, como el poseer un árbol genealógico familiar y unos escudos de armas que calladamente le hablan de una nobleza legítimamente conquistada.

Nuestros archivos, riquísimos en datos inéditos, son los firmes cimientos en que han de sustentarse los estudios heráldicos y genealógicos de las familias americanas. Ofrecemos estas líneas, deshilvanadas pero íntimamente cordiales, de estímulo y de invitación a que en los viajes que, tan frecuentemente y cada vez más continuados, hacen los americanos a nuestra Patria, indaguen e investiguen el origen de su apellido español, que muchos de ellos tanto prestigian y que España se enorgullece de que sea ostentado por sus predilectos hijos.

No se crea que la Heráldica y la Genealogía son estudios vanos y pueriles que sólo halagan el orgullo de los nobles. Estas ciencias, tan íntimamente unidas, constituyen el esqueleto, el armazón sobre el que se sustenta la historia de un pueblo.

La historia de todos los pueblos americanos es joven; pero es fuerte y vigorosa porque se sustenta sobre los apellidos de los hombres más preclaros de España.